



**"Tenemos motivos para confiar en la victoria. Tenemos la obligación de confiar en la victoria."**

(Del discurso de anoche del doctor Negrín)

## El Dr. Negrín habló anoche desde el heroico Madrid al país

# ¡Españoles: Tened fe en la victoria que será nuestra!

### "Nunca ha contado nuestro Ejército con medios tan potentes de lucha como los que en la actualidad posee y va consiguiendo"

## El presidente Negrín ha hablado

Anoche, como previamente se dijo, el jefe del Gobierno se dirigió al país por radio. La voz del doctor Negrín, serena, henchida de emoción patriótica, dijo al pueblo una vez más el por qué de nuestra lucha y explicó también el enemigo contra el que nos batimos.

El traidor Franco, en esta contienda, no es sino un instrumento al servicio de los países totalitarios —Italia y Alemania—. Son, en verdad, estas dos potencias las que con el benéfico de Burgos han invadido nuestro suelo, destruyeron nuestras ciudades, desahuyaron y matan a nuestras mujeres y niños de la retaguardia con la misma práctica de sus métodos de guerra totalitaria.

Y es contra ellos, contra italianos y alemanes, a los que el pueblo español en armas barrera de su tierra haciendo honor a su historia, siendo digno de ella; no nos daban sus orificios; redoblemos a cada rayo de la guerra nuestro optimismo, en la retaguardia como en el frente.

El Ejército popular, ardoroso, plérido de entusiasmo y patriotismo, reaccionará en circunstancias favorables para la gran batalla. Y a ese esfuerzo, a ese impulso arrollador tenemos que contribuir todos. La frase no ha perdido aún actualidad: no sólo se lucha con un fusil.

En nuestro Gobierno, seriedad y temple en los espíritus, y así, recorriendo, es verdad, nuestra calvaria, llevámonos el día en que el sol radiante de la victoria alumbrará nuestro cielo.

Glosó también el doctor Negrín aquellos fines inmediatos a que el país debe entregarse, después del triunfo: enemigos de la guerra, si, pero para mantener esta paz en que la nación quiere vivir, se forjan un potente Ejército de mar, aire y tierra y una era de trabajo en la reconstrucción de la patria, hoy en ruinas, será labor esencial del Gobierno.

En tono vibrante, el jefe del Gobierno nos prometió la victoria; ayúdemos, pues, con ánimo y con decisión.

### HE AQUÍ EL DISCURSO:

Desde este magnífico Madrid que por dos veces en poco más de un siglo ha conquistado la capitalidad de los pueblos hispanos al convertirse en símbolo de la lucha por la independencia patria y en contra de la invasión extranjera; villa que desde su entrada en la historia supo parecer en singular contraste la humildad y la firmeza; desde este Madrid que hace más de cuatrocientos años se alzó en el levantamiento comunitario para defenderse siempre con su peculiar gesto de donaire, desden y fiereza en la repulsa al meteco imperituro; desde esta ciudad comparable, leve y tensa a la vez, crisol donde se homogeneizan todos los particularismos de los pueblos y regiones de nuestra tierra, no dirijo a la nación española para fundamentar ante los combatientes del frente y los trabajadores de la retaguardia nuestra confianza en el triunfo que no enervarán revases previos y previstos en una guerra, que, por desgracia, aún será larga, pródiga en contrariedades y para exponer ante todos los españoles los fines que justifican nuestra perseverancia en la orquesta lucha hasta la victoria, que no por hacerse esperar, es menos segura.

Cuando desde este puesto de máxima responsabilidad como gobernante he hablado a mis compatriotas, cuidé siempre de hacerlo sin ambages ni aletos retóricos. Me he limitado a insistir desde el primer momento en que la guerra sería dura y larga y en que someterla a difícil prueba los ánimos más templados. Mi convicción sigue siendo la misma. La victoria depende de nuestro trabajo y su logro merece todo sacrificio, pues en ella, oído bien, estriba no sólo la independencia de nuestro suelo, sino quizá la subsistencia de España como nación.

Hace cuatro meses nos encontramos ante una crisis escalofriante de material bélico merced a la emboscada política de No Intervención, que favoreciendo a nuestros enemigos, no parecía tener otro fin que asfixiar a España económica y a raíz de la caída de Teruel, se aseguraba que contando con el esfuerzo de nuestros trabajadores se podría superar el desequilibrio de material que en tan apurado trance nos sinaba. Hoy todavía persiste este predominio del enemigo. A él debe en gran parte sus éxitos. No en vano tiene, tras de sí una industria poderosa que le provee a granel: la industria hitoalemana. Pero ya no nos hallamos en aquel estado de indefensión que amenazaba con tenernos que dejar estrangulados.

Nos queda mucho por hacer. Se está haciendo. Se hará. Que no se improvise en pocos meses una gran industria de guerra ni se fabrique en semanas artillería, tanques y camiones, ni se vencan al galope los escollos y tropiezos con que el enemigo tal vez con la complicada colaboración de algunos y la pusilanimidad de otros, obstaculiza nuestro abastecimiento, valiéndose de un convenio omíscos que en la práctica representa la agresión más farsisica que conoce la historia contemporánea contra un país libre y un Gobierno legítimo.

Más es lo cierto que nunca ha contado nuestro Ejército con medios tan potentes de lucha como los que en la actualidad posee y va consiguiendo.

Los que pudorosamente, encubren su desaliento con el disfraz de la reflexión y la crítica, bien fáciles de desmentar por su tendencioso pesimismo, os susurrarán que en vano intentaremos competir en celeridad y esfuerzos con los que alemanes e italianos pueden realizar dotados de sus poderosos recursos. Sofisma puro. El armamento de un ejército tiene su límite. De nada sirve rebasarle. Para garantizar la victoria no precisamos ni llegar a él. Nos basta con un mínimo indispensable para asegurar la eficiencia necesaria de las masas combatientes. Una y cien veces han demostrado nuestros soldados que para rechazar victoriosamente al enemigo y hasta para tomar con éxito la iniciativa, no precisa la equiparación de medios materiales.

Ni nos elegen los progresos hechos ni nos arredra el camino a recorrer. Nos basta con saber a ciencia cierta que son halagüeñas las perspectivas para lograr el armamento preciso de nuestro ejército, convertido en el instrumento decisivo de la victoria. ¿El plazo? No será largo. Del esfuerzo de todos depende reducir su brevedad. Ahorrar tiempo es ahorrar sangre.

En los angustiosos momentos de fines de Marzo —de los más amargos de mi vida—, cuando el frente y la retaguardia parecían derribarse; cuando el derrotero se infiltraba por todos los resquicios, enmascaraba todos los embustes y amenazaba atrofiar el músculo de la guerra, yo tuve confianza en la virtud heroica del pueblo español y a él acudí para decirle la verdad escueta y pedirle —exigirle— el sacrificio y la resistencia.

Resistir era y sigue siendo hoy día, abrir paso a la victoria. Cada día de resistencia, era y sigue siendo un nuevo haz en nuestro fuego. Y el pueblo entero respondió a nuestra demanda. Y Cataluña, apretada por los invasores, con admirable brío, tensa la voluntad, con ánimo decidido y pujante, supo resistir y rivalizar en heroísmo con otros pueblos de España. Como sabe resistir hoy Levante, donde he perdido en el avance y en el ambiente, la resolución anárquica de no dejar hollar impunemente su suelo y de aplastar al invasor.

Brá preciso resistir para recuperar un frente que se había deslizado; para recabar una moral que estaba a punto de derrumbarse. El mandato del Gobierno fue atendido; se recompuso el frente, la moral se rebolsó, elevándose a un nivel que nunca se había conocido. El corte entre Cataluña y el resto de la España legal, que para muchos era el preludio del hundimiento, fue acortado por nuestro pueblo y nuestro Ejército con una seriedad y una entereza que han alzado nuestra moral y desconcertado la sorpresa para el enemigo.

La falta de confianza en nuestro pueblo, la falta de fe en el triunfo, la falta de entusiasmo por la existencia de nuestra causa, nos colocó entonces al borde de la catástrofe. / No se puede inflamar a un pueblo y llevarle al máximo sacrificio voluntario y placidamente aceptado si no se confía en él. Y nuestro pueblo español ha dado mil veces pruebas de merecer esa confianza cuando se ha sabido luchar a lo honra de su alma. Ni en la vida ni en la guerra se puede triunfar sin fe. La fe crea y avasalla. No es posible el éxito en la lucha si antes de empezar la contienda se está pensando en la derrota y preparando la retirada. Las mas de las veces al vencedor lo hace el vencido.

Si no se siente entusiasmo por nuestra causa, difícil será desahogar la transigencia y el arreglo que no nos quedamos, nunca será transacción ni acuerdo de convivencia, porque el enemigo, el verdadero enemigo, no lo quiere así y al español rebelde no se le dejaría pactar.

No. Ese es el camino de la capitulación. ¿Y para qué? ¿Para recabar en la emigración el coque perdido? ¿Pero, y los millones, los millones de españoles que tienen puestas en nuestras manos no sólo su tranquilidad y sus esperanzas, sino sus bienes y sus vidas? ¿Olvídamos cuáles son los métodos de persecución y exterminio del nazismo y del fascio? ¿Ignoramos lo que ya sucedió y está sucediendo en Asturias y en Santander y en Vascuña?

Los que hayan convivido, aunque sólo sea transitoriamente, las zonas del frente, los que con sus propios ojos hayan visto la penuria en que vive la población civil; los que hayan sentido vergüenza y vergüenza ante las penalidades de mujeres, ancianos y niños, evacuados, aporados y ligeros y en un momento de debilidad dar por esteril tanta miseria, tanto dolor y dejar que el sádico espíritu de venganza que anima a nuestros enemigos se cebé en una masa inermes e indefensa?

¿Pero, ¿y España? ¿Luchamos o no por la independencia de España? ¿Ahí! Si no fuera así, ni un segundo más de guerra, ni una gota más de sangre, ni un día más de angustia y el dolor!

Pero se trata de la existencia de España como país libre y ante eso el sacrificio no puede tener tasa ni medida.

Mientras haya un pláido de tierra nuestro, mientras haya pecho en que palpita un corazón español, si está en juego el porvenir de nuestra tierra se sucumbirá o se vence. Se vencerá.

Un gran alemán —que no era muy arío y a no dudarlo hoy no sería nazi—, Goethe, dijo: «Lo que heredes de tus padres conquistarlo para merecerlo». Pues, bien; yo no reniego ni renuncio a la historia de mi país. Hemos heredado una magnífica historia. Con máculas y lunares, como todas, si, pero también con soberbia grandeza, como ninguna. Eso obliga a mucho. La historia es un conjunto dinámico del que somos un eslabón. Hemos heredado nuestra historia no para contemplarla y conservarla, sino para merecerla, legándola superada a la posteridad.

Cada generación tiene su tarea.

No por ser impropia la nuestra estamos exentos de entregarnos a ella.

Hay, pues, que plantearse con crudeza y sin engaños los términos justos de nuestra lucha. Y me dirijo a todos los que sientan en español. También a los que están más allá de las trincheras.

España se desvasta y ensangrienta, porque la ambición, sin freno de países para quienes por definición el derecho de los pueblos en nada cuenta, posó en ella su mirada de rapla viendo en nuestra patria una víctima propicia para su codicia. Una riqueza potencial inmensa, una privilegiada situación geográfica, única en Europa, fueron alicientes sobrados para maquinarse la emboscada estratégica que si todos no se esforzamos en descomponer puede poner bochornoso remate a la historia de nuestra tierra.

Las luchas intestinas de un pueblo, en el que a través de generaciones de maquinaria política, que había entumecido su sentido nacional, permitían envenenar la convivencia ciudadana estimulando extremismos bien intencionados de opuestos coloridos, provocando con métodos demagógicos a la violencia incontinente, debilitando los recursos del Estado y auscultando recios entre instituciones vitales de la nación y de la ciudadanía.

Así se conseguía un clima en el que la revelta podía parecer una defensa y el pronunciamiento medida preventiva, y una y otra defensa y pronunciamiento, podían aspirar a presentarse como revoluciones salvadoras.

Sobre el triunfo de una facción separata, asentarse una hegemonía militar, política y económica, que no era sino el primer hito en un plan bien meditado, pero que el pueblo español ha echado por tierra.

Frustóse el intento y lo que se calculó como una insurrección tornóse en lucha civil para con vertirse al poco tiempo en guerra de invasión.

No os engañéis. Esa es la realidad. ¿No habéis visto el plan de excisión e incitación a la violencia urdido por italianos y alemanes en un país vecino?

¿No os dice nada Checoslovaquia, Rumania y el Brasil? ¿No os habéis enterado de que la misma impudencia le llevaban movimientos de sedición similares en otros países de Europa y América?

¿No os habéis percatado de que aunque la finalidad inmediata no parezca la misma, la finalidad remota es siempre la de enturbiar el medio en que pueden esbozar su voracidad los Estados totalitarios?

¿Credis que esos alemanes e italianos que destruyen nuestras ciudades y tesoros, devastan nuestra riqueza, asedian sin piedad a nuestras mujeres y niños —niños y mujeres de España—, creéis que sientan apego por nuestra tierra, que profesen simpatía por nuestros gentes? Si, en el fondo os aprovechan, pero os desprecian. Les falta patria para entenderlos. Les sobreabundancia para estimarlos. Esta y no otra, es la realidad.

¿Faltaba de consentir que los que hoy se sientan amos y señores y consideren hipotecados en su propio nuestro territorio nos dividan en zonas de influencia y sean los beneficiarios de la labor acumulado de nuestros padres y del trabajo que realicen nuestros hijos?

¿No véis que nada les importará si preciso fuera, contentar a otro con parte de la presa, desmembrarnos y convertirnos en país de capitulaciones o territorio de mandatos?

¿No teméis que a medida que se prolonga esta cruenta guerra aumente el riesgo de que el apetito de todos encuentre temporal desahogo en nuestra desventurada España?

Si. Esos son los términos reales del problema. Somos las víctimas de la ambición decadenada de unos y de la mediocridad adocenada y la pusilanimidad de otros.

Por salvar a España del dominio de aquéllos y de la posible explotación de éstos, luchamos y venceremos.

La seguridad del triunfo nos la da el propósito inquebrantable de obtenerlo. Nuestra gente sabe ante el incontinente, aguardando el desquite, pero no se doblega ni se declara vencida.

Así pasó en Madrid. Así ha pasado en Cataluña. Así pasa en Levante y Extremadura. Vendrá el desquite y con él la victoria en bien de todos.

Preguntado, si no, a esos estupefactos luchadores de la división 43 que después de meses de incansable pelea, obligados por la carencia absoluta de proyectiles de artillería, casi sin cartuchos de fusil —otra vez la santa No Intervención—, se repugnan con orden perfecto para incorporarse de nuevo al frente, pasando por Francia. Y se repite el plebiscito de la división 31, que prueba al mundo

y pruebas no hacen falta con quién está el pueblo español.

La seguridad del triunfo nos la da el aprendizaje cotidiano. El día que tres consigo una lección, no es día perdido. El quebranto que lleve aparejada alguna enseñanza, no es irreparable. Así vamos aprovechando lecciones y enseñanzas y curtiéndonos en encajar desgracias.

Hemos aprendido que sin una alta moral no se hace ni se gana la guerra. Y hoy la moral de nuestras tropas y retaguardia —de la que lucha, de la que siente nuestra causa, no de la que al principio se vestía de extremismos para disimular su encono y hoy reforga desde que garantizada su seguridad personal puede significar su malhumor—, la moral de esa retaguardia, que es la inmensa mayoría y la de las tropas, es excelente, a pesar de sus sufrimientos y privaciones.

Sabemos que es preciso intensificar la producción de armamentos y las fábricas y talleres trabajan como nunca.

Hemos experimentado amargamente lo que significa la falta de cuadros de mando —uno de los principales motivos de nuestros infortunios— y con asombrosa veracidad se forman, completan y organizan. Nuestras escuelas de clases, oficiales, comisarios y jefes se perfeccionan y multiplican.

Tenemos reservas. Las aumentaremos y las daremos una preparación eficiente.

Fortificamos y fortificaremos y potenciaremos en ese sentido nuestro esfuerzo, que tendrá que ser titánico.

Hemos aprendido lo que entorpece la marcha de la guerra cuando todo el país está en pie de lucha, la multiplicidad de man

dos. Y a simplificar este problema y a adquirir la unidad de dirección necesaria nos dedicamos.

Pero además España no es un peñón aislado en el mundo. Cada día de resistencia es una batalla que internacionalmente podemos apuntar a favor de nuestra causa. Que la heroicidad de nuestros soldados ha dado al traste con cábalas y planes que se urdían en nuestra contra.

No está aún maduro el fruto, que no todos los pueblos tienen la precocidad del nuestro, pero cuando lo recojamos será en mérito a nuestra perseverancia y persistencia.

Hemos dado un alto ejemplo de tenacidad y coraje. ¡Y había infelices que creían al pueblo español trivial! Decían —por cómoda desinición— estar indotado de esas virtudes.

No saben que en siete siglos de reconquista, librados a Europa, decadente entonces, de una vigorosa invasión oriental, y a la que supimos extraer sus mejores enseñanzas. Ni se dan cuenta de que derrotar a América —pesa a ciertas patrañas—, con menos afán de explotación y lucro que el que otros países han puesto en tales empresas e imprimible el sello de una raza y un idioma, mientras en Europa peleábamos duras jornadas, no puede ser obra de un pueblo inconsistente.

Si se han enterado de que la contrarrevolución, obra genuinamente española en su almeida, es más que una lucha de religiones y no fue en su inicio, aunque luego degenerara en ello, una lucha pro ultramonte, sino la refrega entre el sentido español de lo universal y el sentido medio europeo y rechoncho de lo particular. Y eso no lo hace un pueblo sin fibra y sin tesón.

Ignoran que aun en nuestro siglo, de mayor decadencia, el siglo XIX, supimos dar al mundo dos conceptos.

(Sigue en la otra página.)

### PARTE DE GUERRA

## Se continúa combatiendo intensamente en el interior de Villarreal

### Al Norte de río Soco se ha obligado a retroceder al enemigo, contentándosese también al Norte de Onda

## En Alcora se recogió prisioneros y material de guerra

BARCELONA, 18.—Parte oficial de guerra:

### EJERCITO DE TIERRA

ESTE.—La actividad registrada en los distintos sectores carece de importancia.

LEVANTE.—Continúa el intenso combate en el interior de Villarreal, donde nuestras fuerzas prosiguen su presión hasta los últimos reducidos reductos.

También se lucha con dureza en Nica y Palau, al Suroeste de Villarreal.

Las tropas locales obligaron a retroceder a los militares facciosos y rechazaron varios intentos rebeldes al Norte del río Seco.

La presión rebelde es tenazmente contenida en los alrededores de la Alaya, al Norte de Onda.

En el sector de Alcora, en un golpe de mano, nuestros

soldados se internaron hasta los parapetos enemigos, situados al Oeste del Salto del Caballo, recogiendo prisioneros y material de guerra y regresando a su base sin novedad.

En los demás frentes, sin noticias de interés.

### AVIACION

Durante la noche última y la jornada de hoy, los aviones extranjeros al servicio de los facciosos, realizaron agresiones sobre Alicante, Cartagena, Valencia y Barcelona.

En el bombardeo realizado contra los poblados marítimos de Valencia, resultaron dos niños y un hombre muertos y veinte heridos graves.

La agresión realizada a las 15 horas de ayer contra Hijo de la Ducha, por dos Junkers, causó siete muertos, cinco heridos y dos niños, y tres heridos.

Los edificios destruidos se elevan a quince.

¡VIVA LA REPUBLICA! por CARNICERO.



FE EN EL TRIUNFO. ¡EL DOMADOR SERA DOMADO!

Ayuntamiento de Madrid



## DISCURSO DE NEGRIN

(Viene de la página anterior.)  
de lo que aún vive la contemporaneidad: el de las nacionalidades y el del liberalismo. Y eso no lo hace un pueblo invertido y sin directrices potenciales.

Se han equivocado al juzgar sobre nuestra pertinencia.

Como se han equivocado muchas veces al juzgarnos.

Como se equivocaron ahora, al sentir trulón por que este España, desahogada, vaya a ser botín de piratas y quiza, quiza, de plácidos espectadores, sin darse cuenta de que en este pantano de sangre resurgirá más entera y potente que nunca.

¡Sí! Tenemos motivos para confiar en la victoria. ¡Y tenemos obligación de confiar en la victoria!

¿Por qué, pues, luchamos nosotros?

Cuando un Gobierno demanda a un pueblo el resistir hasta lo último, aun a costa de todas las tribulaciones y de los máximos sacrificios, ha de ser por principios consustanciales con el pueblo mismo.

No puede pedirlo en nombre de una ideología determinada, de un grupo o de un partido. Ha de ser en nombre de aquel denominador común de aspiraciones, de aquella suma de obligaciones contraladas con su historia, que son deudas a pagar a la posteridad y que constituyen en su conjunto anhelos y compromisos del exponente nacional de un pueblo.

Desde el comienzo de esta trágica odisea, los distintos gobiernos que se han sucedido, han reiterado la afirmación de que luchamos por el respeto de la voluntad nacional.

Lo ha dicho en más de una ocasión la más alta autoridad representativa del Estado, Su Excelencia el señor Presidente de la República. Lo ha dicho en Octubre de 1936 mi predecesor al estimar ante el Parlamento que luchábamos por una paz que diera a España las instituciones económicas, políticas y sociales que la mayoría del país, libremente elija en su día. Lo he repetido yo, en cuantas ocasiones he tenido oportunidad de hablar dentro y fuera de España, en nombre del Gobierno.

Era, no obstante, conveniente, fijar en puntos concretos lo que nos proponíamos en nuestra lucha y así surgió el programa de fines de guerra — fines de paz — que el Gobierno del Estado.

Luchamos por asegurar la independencia absoluta de España, sin más trabas ni límites que los que impone un derecho común que establece los vínculos y relaciones entre los pueblos, derecho de todo aborigen español cuyas raíces se encuentran en el dominio de las Casas y hasta en el doctor eximio y pio P. Suárez, y de un modo acabado en el precursor del Derecho Internacional Francisco de Vitoria.

Independencia significa liberación de los invasores; significa renuncia a tutelas; significa que seamos los beneficiarios de nuestra propia tierra y no víctimas de la explotación extranjera.

Significa una vida jurídica y una economía dirigida, regulada y explotada por y para los españoles.

Luchamos por la integridad de España. No admitimos ni desmembramientos ni enajenaciones ni hipotecas ni concesiones en su territorio, en su litoral ni en su subsuelo. Ni en la península ni en sus islas. Ni en sus posesiones ni en su protectorado. Luchamos por que España, sin injerencias ajenas, en la vida interior de ningún país culde de sentir como propios los intereses de las naciones de habla y raíz comunes.

Luchamos por una República popular de estirpe democrática, ya que la monarquía perdió todo vínculo con el sentir nacional y ella ocasionó la decadencia de España y la pérdida de la propia institución. Una nueva dinastía o un nuevo monarca significarían encadenar España a la órbita de uno u otro país y jamás traería la paz necesaria.

Luchamos por un Gobierno de autoridad, por uno ejecutivo firme, dependiente de la voluntad popular expresada por el sufragio. Gobierno que coloque al Estado por encima de los partidos y queramos unos partidos que consideren su principal misión ponerse al servicio de la colectividad nacional.

Luchamos por que sea la voluntad de España expresada libremente — libremente — la que termine la guerra termine — la que termine y defina la vida jurídica y social de la República.

Luchamos por que sin menoscabo de la unidad española se respete la personalidad de los pueblos que integran España. Unidad hacia afuera; diversidad en el interior ha sido la característica de España en sus épocas de apogeo. Y toda libertad regional que no vaya en detrimento de España o de otras regiones, debe ser respetada y cuidada. Cuando un país está en su curva ascendente, la variedad aglutina y enriquece y sólo se convierte en dispersión y debilitación.

Luchamos por el mejoramiento de nuestra raza. Porque el español puede competir en cuanto a cultura, temple físico y espíritu civil, con los ciudadanos de otros países donde el Estado ha sabido sentir el alto valor patriótico de esta preocupación.

Luchamos, sí, por tener un Ejército al servicio del pueblo español. Es decir, un Ejército libre de la intromisión de los partidos y cuyo norte y guía sea el supremo interés de la nación.

Cabezas que significan una guerra. No se nos puede negar experiencia. Somos pacifistas, pero para poder ser además pacíficos, necesita España un potente Ejército en el aire, en el mar y en la tierra, que haga que se nos respete. Sabemos lo que cuesta un Ejército, pero hemos aprendido también lo que cuesta no tenerlo.

Luchamos por unas relaciones internacionales dentro de un régimen de derecho, pero por unas relaciones en pie de igualdad. Para lograrlo, ningún sacrificio debe escatimarse.

Y si mientras dure la guerra hemos de ser duros e inexorables con el enemigo, abierto o encubierto, anhelamos la paz para incorporar a la ingente tarea de reconstruir y engrandecer España, a todos los compatriotas que de buena fe quieran cumplir el deber que a todos nos reclama. ¿O es que hay quien crea que después de esta epopeya sangrienta pueden clasificarse los españoles, simplemente en vencedores y vencidos?

¿Hay quien piense que nuestro suelo está tan azotado de valores que para su reconstrucción podría prescindirse de unos u otros profesionales de todas las actividades, obreros y artesanos de todos los oficios, ingenieros de toda clase, según la etiqueta o la ficha del sector combatiente?

¿Es que en la paz habrá de seguir la lucha fratricida?

No. Y oídlo bien, aunque a muchos no les sea agradable; más fácil será entenderse con el adversario de ayer, enemigo de hoy y quizá colaborador de mañana, que con el espectador cauto que nada arriesga, que con todos quisiera estar a bien, por poseer una superherbia tan previsor, que le veda pensar en la contingencia; que se

mentó cuando el país marcha hacia la decadencia.

Nadie quiere la disgregación de España. Si hay quien la quiera, cuéntese enemigo nuestro, que no estamos dispuestos en un recordo de una lucha fratricida a dejar hechos girones cinco siglos de historia. Máxima personalidad regional de consecuencia, dentro del máximo españolismo.

Luchamos por que el Estado asegure la plenitud de derechos al ciudadano. Respeto a la conciencia y a las creencias. Ni interferencia de la Iglesia como institución en la vida del Estado, ni intromisión de sus jerarcas en las contiendas ciudadanas. Pero en cambio garantía al ejercicio del culto. Lo debemos a un principio que profesamos. Lo debemos al número de españoles que practican religiones positivas. Lo debemos a los millares y millares de católicos que luchan a nuestro lado. Pero aunque sólo fuera uno. Aunque no hubiera ninguno.

El Estado no puede permitir la persecución por las ideas. Sería además, error profundo. Toda persecución hace mártires y los mártires reavivan las creencias. En la tierra en el fondo de todo sentimiento religioso algo de lo más noble del espíritu humano y a decir verdad, si no fuera por un profundo sentido de religiosidad, sería difícil encontrar ánimos, soportar con entereza las duras pruebas a que nuestro país está sometido.

Luchamos por que el fruto de la tierra sea para quien la trabaja. Por suprimir la explotación inhumana del individuo por una plutocracia que a su vez se convierte en dominadora del Estado, perdiendo de vista — yendo así siempre en contra — todo interés colectivo. Quien sea propietario, gane por su esfuerzo, supeditado al distribuir de lo suyo al interés supremo de la nación.

Luchamos por impedir que la acumulación de riquezas pueda convertirse en el control efectivo de los resortes vitales del Estado. Luchamos por estimular el desarrollo de la pequeña propiedad y siempre que no se funde en principios antieconómicos. Por garantizar el patrimonio familiar, protegiendo así a la familia, núcleo de la sociedad y del Estado.

Luchamos por que el trabajador participe en el beneficio de su esfuerzo, no sólo como reivindicación social legítima, sino como base de un mejoramiento de la raza. Porque el Estado ha de acabar con las masas famélicas y de pauperadas que el egoísmo de castas de un sistema viciado y antinacional nos ha dejado como vergüenza e ignominia.

Luchamos por el mejoramiento de nuestra raza. Porque el español puede competir en cuanto a cultura, temple físico y espíritu civil, con los ciudadanos de otros países donde el Estado ha sabido sentir el alto valor patriótico de esta preocupación.

Luchamos, sí, por tener un Ejército al servicio del pueblo español. Es decir, un Ejército libre de la intromisión de los partidos y cuyo norte y guía sea el supremo interés de la nación.

Cabezas que significan una guerra. No se nos puede negar experiencia. Somos pacifistas, pero para poder ser además pacíficos, necesita España un potente Ejército en el aire, en el mar y en la tierra, que haga que se nos respete. Sabemos lo que cuesta un Ejército, pero hemos aprendido también lo que cuesta no tenerlo.

Luchamos por unas relaciones internacionales dentro de un régimen de derecho, pero por unas relaciones en pie de igualdad. Para lograrlo, ningún sacrificio debe escatimarse.

Y si mientras dure la guerra hemos de ser duros e inexorables con el enemigo, abierto o encubierto, anhelamos la paz para incorporar a la ingente tarea de reconstruir y engrandecer España, a todos los compatriotas que de buena fe quieran cumplir el deber que a todos nos reclama. ¿O es que hay quien crea que después de esta epopeya sangrienta pueden clasificarse los españoles, simplemente en vencedores y vencidos?

¿Hay quien piense que nuestro suelo está tan azotado de valores que para su reconstrucción podría prescindirse de unos u otros profesionales de todas las actividades, obreros y artesanos de todos los oficios, ingenieros de toda clase, según la etiqueta o la ficha del sector combatiente?

¿Es que en la paz habrá de seguir la lucha fratricida?

No. Y oídlo bien, aunque a muchos no les sea agradable; más fácil será entenderse con el adversario de ayer, enemigo de hoy y quizá colaborador de mañana, que con el espectador cauto que nada arriesga, que con todos quisiera estar a bien, por poseer una superherbia tan previsor, que le veda pensar en la contingencia; que se

mentó cuando el país marcha hacia la decadencia.

Nadie quiere la disgregación de España. Si hay quien la quiera, cuéntese enemigo nuestro, que no estamos dispuestos en un recordo de una lucha fratricida a dejar hechos girones cinco siglos de historia. Máxima personalidad regional de consecuencia, dentro del máximo españolismo.

Luchamos por que el Estado asegure la plenitud de derechos al ciudadano. Respeto a la conciencia y a las creencias. Ni interferencia de la Iglesia como institución en la vida del Estado, ni intromisión de sus jerarcas en las contiendas ciudadanas. Pero en cambio garantía al ejercicio del culto. Lo debemos a un principio que profesamos. Lo debemos al número de españoles que practican religiones positivas. Lo debemos a los millares y millares de católicos que luchan a nuestro lado. Pero aunque sólo fuera uno. Aunque no hubiera ninguno.

El Estado no puede permitir la persecución por las ideas. Sería además, error profundo. Toda persecución hace mártires y los mártires reavivan las creencias. En la tierra en el fondo de todo sentimiento religioso algo de lo más noble del espíritu humano y a decir verdad, si no fuera por un profundo sentido de religiosidad, sería difícil encontrar ánimos, soportar con entereza las duras pruebas a que nuestro país está sometido.

Luchamos por que el fruto de la tierra sea para quien la trabaja. Por suprimir la explotación inhumana del individuo por una plutocracia que a su vez se convierte en dominadora del Estado, perdiendo de vista — yendo así siempre en contra — todo interés colectivo. Quien sea propietario, gane por su esfuerzo, supeditado al distribuir de lo suyo al interés supremo de la nación.

Luchamos por impedir que la acumulación de riquezas pueda convertirse en el control efectivo de los resortes vitales del Estado. Luchamos por estimular el desarrollo de la pequeña propiedad y siempre que no se funde en principios antieconómicos. Por garantizar el patrimonio familiar, protegiendo así a la familia, núcleo de la sociedad y del Estado.

Luchamos por que el trabajador participe en el beneficio de su esfuerzo, no sólo como reivindicación social legítima, sino como base de un mejoramiento de la raza. Porque el Estado ha de acabar con las masas famélicas y de pauperadas que el egoísmo de castas de un sistema viciado y antinacional nos ha dejado como vergüenza e ignominia.

Luchamos por el mejoramiento de nuestra raza. Porque el español puede competir en cuanto a cultura, temple físico y espíritu civil, con los ciudadanos de otros países donde el Estado ha sabido sentir el alto valor patriótico de esta preocupación.

Luchamos, sí, por tener un Ejército al servicio del pueblo español. Es decir, un Ejército libre de la intromisión de los partidos y cuyo norte y guía sea el supremo interés de la nación.

Cabezas que significan una guerra. No se nos puede negar experiencia. Somos pacifistas, pero para poder ser además pacíficos, necesita España un potente Ejército en el aire, en el mar y en la tierra, que haga que se nos respete. Sabemos lo que cuesta un Ejército, pero hemos aprendido también lo que cuesta no tenerlo.

Luchamos por unas relaciones internacionales dentro de un régimen de derecho, pero por unas relaciones en pie de igualdad. Para lograrlo, ningún sacrificio debe escatimarse.

Y si mientras dure la guerra hemos de ser duros e inexorables con el enemigo, abierto o encubierto, anhelamos la paz para incorporar a la ingente tarea de reconstruir y engrandecer España, a todos los compatriotas que de buena fe quieran cumplir el deber que a todos nos reclama. ¿O es que hay quien crea que después de esta epopeya sangrienta pueden clasificarse los españoles, simplemente en vencedores y vencidos?

¿Hay quien piense que nuestro suelo está tan azotado de valores que para su reconstrucción podría prescindirse de unos u otros profesionales de todas las actividades, obreros y artesanos de todos los oficios, ingenieros de toda clase, según la etiqueta o la ficha del sector combatiente?

¿Es que en la paz habrá de seguir la lucha fratricida?

No. Y oídlo bien, aunque a muchos no les sea agradable; más fácil será entenderse con el adversario de ayer, enemigo de hoy y quizá colaborador de mañana, que con el espectador cauto que nada arriesga, que con todos quisiera estar a bien, por poseer una superherbia tan previsor, que le veda pensar en la contingencia; que se

mentó cuando el país marcha hacia la decadencia.

Nadie quiere la disgregación de España. Si hay quien la quiera, cuéntese enemigo nuestro, que no estamos dispuestos en un recordo de una lucha fratricida a dejar hechos girones cinco siglos de historia. Máxima personalidad regional de consecuencia, dentro del máximo españolismo.

Luchamos por que el Estado asegure la plenitud de derechos al ciudadano. Respeto a la conciencia y a las creencias. Ni interferencia de la Iglesia como institución en la vida del Estado, ni intromisión de sus jerarcas en las contiendas ciudadanas. Pero en cambio garantía al ejercicio del culto. Lo debemos a un principio que profesamos. Lo debemos al número de españoles que practican religiones positivas. Lo debemos a los millares y millares de católicos que luchan a nuestro lado. Pero aunque sólo fuera uno. Aunque no hubiera ninguno.

El Estado no puede permitir la persecución por las ideas. Sería además, error profundo. Toda persecución hace mártires y los mártires reavivan las creencias. En la tierra en el fondo de todo sentimiento religioso algo de lo más noble del espíritu humano y a decir verdad, si no fuera por un profundo sentido de religiosidad, sería difícil encontrar ánimos, soportar con entereza las duras pruebas a que nuestro país está sometido.

Luchamos por que el fruto de la tierra sea para quien la trabaja. Por suprimir la explotación inhumana del individuo por una plutocracia que a su vez se convierte en dominadora del Estado, perdiendo de vista — yendo así siempre en contra — todo interés colectivo. Quien sea propietario, gane por su esfuerzo, supeditado al distribuir de lo suyo al interés supremo de la nación.

Luchamos por impedir que la acumulación de riquezas pueda convertirse en el control efectivo de los resortes vitales del Estado. Luchamos por estimular el desarrollo de la pequeña propiedad y siempre que no se funde en principios antieconómicos. Por garantizar el patrimonio familiar, protegiendo así a la familia, núcleo de la sociedad y del Estado.

Luchamos por que el trabajador participe en el beneficio de su esfuerzo, no sólo como reivindicación social legítima, sino como base de un mejoramiento de la raza. Porque el Estado ha de acabar con las masas famélicas y de pauperadas que el egoísmo de castas de un sistema viciado y antinacional nos ha dejado como vergüenza e ignominia.

Luchamos por el mejoramiento de nuestra raza. Porque el español puede competir en cuanto a cultura, temple físico y espíritu civil, con los ciudadanos de otros países donde el Estado ha sabido sentir el alto valor patriótico de esta preocupación.

Luchamos, sí, por tener un Ejército al servicio del pueblo español. Es decir, un Ejército libre de la intromisión de los partidos y cuyo norte y guía sea el supremo interés de la nación.

Cabezas que significan una guerra. No se nos puede negar experiencia. Somos pacifistas, pero para poder ser además pacíficos, necesita España un potente Ejército en el aire, en el mar y en la tierra, que haga que se nos respete. Sabemos lo que cuesta un Ejército, pero hemos aprendido también lo que cuesta no tenerlo.

Luchamos por unas relaciones internacionales dentro de un régimen de derecho, pero por unas relaciones en pie de igualdad. Para lograrlo, ningún sacrificio debe escatimarse.

Y si mientras dure la guerra hemos de ser duros e inexorables con el enemigo, abierto o encubierto, anhelamos la paz para incorporar a la ingente tarea de reconstruir y engrandecer España, a todos los compatriotas que de buena fe quieran cumplir el deber que a todos nos reclama. ¿O es que hay quien crea que después de esta epopeya sangrienta pueden clasificarse los españoles, simplemente en vencedores y vencidos?

¿Hay quien piense que nuestro suelo está tan azotado de valores que para su reconstrucción podría prescindirse de unos u otros profesionales de todas las actividades, obreros y artesanos de todos los oficios, ingenieros de toda clase, según la etiqueta o la ficha del sector combatiente?

¿Es que en la paz habrá de seguir la lucha fratricida?

No. Y oídlo bien, aunque a muchos no les sea agradable; más fácil será entenderse con el adversario de ayer, enemigo de hoy y quizá colaborador de mañana, que con el espectador cauto que nada arriesga, que con todos quisiera estar a bien, por poseer una superherbia tan previsor, que le veda pensar en la contingencia; que se

mentó cuando el país marcha hacia la decadencia.

Nadie quiere la disgregación de España. Si hay quien la quiera, cuéntese enemigo nuestro, que no estamos dispuestos en un recordo de una lucha fratricida a dejar hechos girones cinco siglos de historia. Máxima personalidad regional de consecuencia, dentro del máximo españolismo.

Luchamos por que el Estado asegure la plenitud de derechos al ciudadano. Respeto a la conciencia y a las creencias. Ni interferencia de la Iglesia como institución en la vida del Estado, ni intromisión de sus jerarcas en las contiendas ciudadanas. Pero en cambio garantía al ejercicio del culto. Lo debemos a un principio que profesamos. Lo debemos al número de españoles que practican religiones positivas. Lo debemos a los millares y millares de católicos que luchan a nuestro lado. Pero aunque sólo fuera uno. Aunque no hubiera ninguno.

El Estado no puede permitir la persecución por las ideas. Sería además, error profundo. Toda persecución hace mártires y los mártires reavivan las creencias. En la tierra en el fondo de todo sentimiento religioso algo de lo más noble del espíritu humano y a decir verdad, si no fuera por un profundo sentido de religiosidad, sería difícil encontrar ánimos, soportar con entereza las duras pruebas a que nuestro país está sometido.

Cabezas que significan una guerra. No se nos puede negar experiencia. Somos pacifistas, pero para poder ser además pacíficos, necesita España un potente Ejército en el aire, en el mar y en la tierra, que haga que se nos respete. Sabemos lo que cuesta un Ejército, pero hemos aprendido también lo que cuesta no tenerlo.

Luchamos por unas relaciones internacionales dentro de un régimen de derecho, pero por unas relaciones en pie de igualdad. Para lograrlo, ningún sacrificio debe escatimarse.

Y si mientras dure la guerra hemos de ser duros e inexorables con el enemigo, abierto o encubierto, anhelamos la paz para incorporar a la ingente tarea de reconstruir y engrandecer España, a todos los compatriotas que de buena fe quieran cumplir el deber que a todos nos reclama. ¿O es que hay quien crea que después de esta epopeya sangrienta pueden clasificarse los españoles, simplemente en vencedores y vencidos?

¿Hay quien piense que nuestro suelo está tan azotado de valores que para su reconstrucción podría prescindirse de unos u otros profesionales de todas las actividades, obreros y artesanos de todos los oficios, ingenieros de toda clase, según la etiqueta o la ficha del sector combatiente?

¿Es que en la paz habrá de seguir la lucha fratricida?

No. Y oídlo bien, aunque a muchos no les sea agradable; más fácil será entenderse con el adversario de ayer, enemigo de hoy y quizá colaborador de mañana, que con el espectador cauto que nada arriesga, que con todos quisiera estar a bien, por poseer una superherbia tan previsor, que le veda pensar en la contingencia; que se

mentó cuando el país marcha hacia la decadencia.

Nadie quiere la disgregación de España. Si hay quien la quiera, cuéntese enemigo nuestro, que no estamos dispuestos en un recordo de una lucha fratricida a dejar hechos girones cinco siglos de historia. Máxima personalidad regional de consecuencia, dentro del máximo españolismo.

Luchamos por que el Estado asegure la plenitud de derechos al ciudadano. Respeto a la conciencia y a las creencias. Ni interferencia de la Iglesia como institución en la vida del Estado, ni intromisión de sus jerarcas en las contiendas ciudadanas. Pero en cambio garantía al ejercicio del culto. Lo debemos a un principio que profesamos. Lo debemos al número de españoles que practican religiones positivas. Lo debemos a los millares y millares de católicos que luchan a nuestro lado. Pero aunque sólo fuera uno. Aunque no hubiera ninguno.

El Estado no puede permitir la persecución por las ideas. Sería además, error profundo. Toda persecución hace mártires y los mártires reavivan las creencias. En la tierra en el fondo de todo sentimiento religioso algo de lo más noble del espíritu humano y a decir verdad, si no fuera por un profundo sentido de religiosidad, sería difícil encontrar ánimos, soportar con entereza las duras pruebas a que nuestro país está sometido.

Luchamos por que el fruto de la tierra sea para quien la trabaja. Por suprimir la explotación inhumana del individuo por una plutocracia que a su vez se convierte en dominadora del Estado, perdiendo de vista — yendo así siempre en contra — todo interés colectivo. Quien sea propietario, gane por su esfuerzo, supeditado al distribuir de lo suyo al interés supremo de la nación.

Luchamos por impedir que la acumulación de riquezas pueda convertirse en el control efectivo de los resortes vitales del Estado. Luchamos por estimular el desarrollo de la pequeña propiedad y siempre que no se funde en principios antieconómicos. Por garantizar el patrimonio familiar, protegiendo así a la familia, núcleo de la sociedad y del Estado.

Luchamos por que el trabajador participe en el beneficio de su esfuerzo, no sólo como reivindicación social legítima, sino como base de un mejoramiento de la raza. Porque el Estado ha de acabar con las masas famélicas y de pauperadas que el egoísmo de castas de un sistema viciado y antinacional nos ha dejado como vergüenza e ignominia.

Luchamos por el mejoramiento de nuestra raza. Porque el español puede competir en cuanto a cultura, temple físico y espíritu civil, con los ciudadanos de otros países donde el Estado ha sabido sentir el alto valor patriótico de esta preocupación.

Luchamos, sí, por tener un Ejército al servicio del pueblo español. Es decir, un Ejército libre de la intromisión de los partidos y cuyo norte y guía sea el supremo interés de la nación.

Cabezas que significan una guerra. No se nos puede negar experiencia. Somos pacifistas, pero para poder ser además pacíficos, necesita España un potente Ejército en el aire, en el mar y en la tierra, que haga que se nos respete. Sabemos lo que cuesta un Ejército, pero hemos aprendido también lo que cuesta no tenerlo.

Luchamos por unas relaciones internacionales dentro de un régimen de derecho, pero por unas relaciones en pie de igualdad. Para lograrlo, ningún sacrificio debe escatimarse.

Y si mientras dure la guerra hemos de ser duros e inexorables con el enemigo, abierto o encubierto, anhelamos la paz para incorporar a la ingente tarea de reconstruir y engrandecer España, a todos los compatriotas que de buena fe quieran cumplir el deber que a todos nos reclama. ¿O es que hay quien crea que después de esta epopeya sangrienta pueden clasificarse los españoles, simplemente en vencedores y vencidos?

¿Hay quien piense que nuestro suelo está tan azotado de valores que para su reconstrucción podría prescindirse de unos u otros profesionales de todas las actividades, obreros y artesanos de todos los oficios, ingenieros de toda clase, según la etiqueta o la ficha del sector combatiente?

¿Es que en la paz habrá de seguir la lucha fratricida?

No. Y oídlo bien, aunque a muchos no les sea agradable; más fácil será entenderse con el adversario de ayer, enemigo de hoy y quizá colaborador de mañana, que con el espectador cauto que nada arriesga, que con todos quisiera estar a bien, por poseer una superherbia tan previsor, que le veda pensar en la contingencia; que se

mentó cuando el país marcha hacia la decadencia.

Nadie quiere la disgregación de España. Si hay quien la quiera, cuéntese enemigo nuestro, que no estamos dispuestos en un recordo de una lucha fratricida a dejar hechos girones cinco siglos de historia. Máxima personalidad regional de consecuencia, dentro del máximo españolismo.

Luchamos por que el Estado asegure la plenitud de derechos al ciudadano. Respeto a la conciencia y a las creencias. Ni interferencia de la Iglesia como institución en la vida del Estado, ni intromisión de sus jerarcas en las contiendas ciudadanas. Pero en cambio garantía al ejercicio del culto. Lo debemos a un principio que profesamos. Lo debemos al número de españoles que practican religiones positivas. Lo debemos a los millares y millares de católicos que luchan a nuestro lado. Pero aunque sólo fuera uno. Aunque no hubiera ninguno.

El Estado no puede permitir la persecución por las ideas. Sería además, error profundo. Toda persecución hace mártires y los mártires reavivan las creencias. En la tierra en el fondo de todo sentimiento religioso algo de lo más noble del espíritu humano y a decir verdad, si no fuera por un profundo sentido de religiosidad, sería difícil encontrar ánimos, soportar con entereza las duras pruebas a que nuestro país está sometido.

## Un gran acto para hoy en Olympia

Hoy domingo, a las diez de la mañana, se celebrará un gran acto: **ESPAÑA POR SU INDEPENDENCIA**, organizado por Mujeres Antifascistas, Unión de Muchachas, Mujeres Libres, Liga Nacional de Muñidos, Cultura Popular y Amigos de la U. R. S. S., patrocinado por la comisión de Ayuda a los Evacuados y Combatientes.

Intervendrán por los mismos una representación por la Liga Nacional de Muñidos de Guerra, Mujeres Antifascistas, Mujeres Libres y Unión de Muchachas, siendo el acto presidido por la Comisión de Ayuda a los Evacuados y Combatientes.

Esperamos de todo el pueblo valenciano que responderá con su presencia a tan grandioso acto. La comisión organizadora.

Castellón, tras una resistencia heroica, es hoy pisoteada por las botas infamantes de los extranjeros, del fascismo italiano, de los saqueadores del pueblo ante cuyas fechorías y prepotencias yacían aún los gobiernos democráticos de Europa.

Se levanta, pues, apremiante, ante el proletariado del pueblo valenciano en general, el deber histórico de defender Valencia, nuestra ciudad y nuestra provincia, codiciadas por el imperialismo hambriento de Hitler y Mussolini que quieren arrebatar las fábricas a los obreros, la tierra a los trabajadores del campo y sumir a nuestro pueblo en la miseria, en la esclavitud, en el terror vergonzoso del gorgoteo.

Hace dos meses, cuando el enemigo rompió el frente del Este y creyó que su avance rápido y triunfal no iba a encontrar dique capaz de contenerle, una consigna, una orden, un imperativo, que era la voz de toda la patria doctra de nuestro pueblo dispuesto a no perecer, fue lanzado por el Gobierno, por nuestro Comité Nacional, por el Frente Popular: **RESISTIR**.

La voluntad, el heroísmo y el sacrificio de combatientes y pueblo, pararon los pies a las hordas sangrientas de la invasión.

Se levanta hoy también en una hora grave para la independencia de España, en un momento que Valencia sufre la amenaza directa del enemigo, y peligran sus libertades y se abren ante cada trabajador las perspectivas de las dificultades enormes que para el curso de la guerra y para la resistencia ulterior ocasionaría la caída de nuestra ciudad: la misma consigna, la misma orden, el mismo imperativo: **RESISTIR**.

Valencia no habrá de ser jamás de los combates y de todo el pueblo lo impedirá. Hoy como ayer, **RESISTIR** quiere decir **VENCER**, y resistiremos y venceremos.

Que nadie vacile. Que nadie se deje arrastrar por un pesimismo indigno de un pueblo como el nuestro. Los valientes, los que no tienen fe en la victoria de nuestra causa, no pueden estar con nosotros.

Trabajadores y antifascistas de Valencia: Ha sonado para nosotros la hora de las decisiones viriles, de los sacrificios sin cuento, la hora de demostrar al mundo que so-

mos los mismos españoles del heroico Madrid, y que cuando un pueblo está decidido a no dejarse pisotear, no hay fuerza capaz de pisotearlo.

En las fábricas, en los talleres, en el campo, redoblemos nuestra actividad centuplicamos nuestro esfuerzo, estrechemos nuestra unidad y la de todo el pueblo, hagamos de hierro la disciplina en torno a nuestro Gobierno de Guerra de Unión Nacional colaboremos con entusiasmo con fe y decisión a organizar el gigantesco esfuerzo de España, hacia la victoria indiscutible del pueblo español.

Los reveses no pueden amilanar más que a los cobardes que piensan capitular o pactar con los enemigos.

En guardia contra ellos y contra los emboscados. Aplastémoslos sin piedad.

Ni un solo brazo debe quedar inactivo. Miles de ellos se necesitan para construir fortificaciones y refugios. El que regatee su esfuerzo, al que hurte su colaboración y su ayuda a la defensa de Valencia, ese es un enemigo indigno de llamarse español, indigno de permanecer en nuestras filas.

Rápidex, decisión, energía, entusiasmo y disciplina.

Con estas condiciones el Ejército de Levante, que se bate heroicamente contra los invasores disputándole palmo a palmo el terreno, recibirá de nosotros la ayuda práctica que le haga más fuerte en la resistencia y en la defensa de Valencia, que debe ser salvada a toda costa.

Comaradas: A la sección, para ganar el tiempo perdido y para vencer.

¡Hagamos de Valencia la muralla donde se estrelle para siempre el fascismo!

Valencia 18 de Junio de 1936. — El Comité de Enlace.

**ENSEÑANZA**

**ASOCIACION PROFESIONAL DE ESTUDIANTES DE BACHILLER LUIS VIVES, F. U. R.**

Se convoca urgentemente a todos los estudiantes para que se pasen sin pérdida de tiempo por esta secretaría para comunicarnos un asunto relacionado con los momentos actuales. Advertiendo que el que no cumpla sus deberes de antifascista será sancionado estrictamente. — La directiva.

**CISTAL**

**EVITA CATABRIS, GRIFA Farmacia AURELIO GAMIR VALENCIA**

## CARTELERIA DE ESPECTACULOS PUBLICOS

(INTERVENIDOS POR EL ESTADO)

**SECCION TEATROS**

**PRINCIPAL** — Compañía de zarzuela y ópera española. Primer actor y director: Juanito Martínez. Primer actor cómico: Carlos Garriga. Hoy, cuatro tarde: «La dueña del tabaco». Siete tarde: «La vida alegre». Grandioso éxito.

**AFOLIO** — Compañía de comedias musicales. Primer actor: Mariano Ozores. 430 y 715 tarde, el acontecimiento de la temporada, el mayor éxito de Mariano Ozores y toda la compañía: «Ay, mi chata».

**RUZAFIA** — Compañía de revistas. Primer actor y director: Eduard Gómez. Todos los días, seis tarde: «Las Tucas». Verdadera revista de gran éxito.

**ESLAVA** — Primer actor y director de escena: Soler Martí. Primera actriz, Millagros Leal. Hoy, a las cuatro y siete tarde: «Se